

fué tal el terror que se esparció, que veintisiete villas de Normandía abrieron sus puertas luego que supieron la toma de la capital.

Cuando los de París vieron aquellas cosas y que el enemigo estaba á treinta leguas solamente de la ciudad, se reunieron : el parlamento, la universidad y el vecindario enviaron una embajaba al duque Juan ; suplicábanle que volviese con el rey, la reina y toda su gente á defender la capital del reino. La única respuesta del duque fué enviarles á su sobrino Felipe, conde de San-Pol, de edad de quince años, con el título de teniente del rey y el encargo de dirigir los negocios de la guerra de Normandía, Isla de Francia, Picardía y los bailíos de Senlis, Meaux, Meulan y Chartres. Cuando vieron entrar aquel niño en la capital y supieron los de la ciudad que venía á defenderlos, conocieron que eran abandonados como sus compatriotas de Rouen, y allí también se alzaron grandes murmullos contra el honor del duque de Borgoña.

XXV.

La contestación.

Una elegante barca, en cuya popa campeaba un pabellón recamado de flores de lis y coronado con el escudo de las armas de Francia, se deslizaba muellamente al impulso de doce remeros y una velilla en una de las deliciosas mañanas del mes de mayo del año siguiente. Las cortinas del pabellón hacia la parte del Mediodía estaban descorridas, sin duda para dejar paso hasta las personas que en él se albergaban, á los rayos matinales del temprano sol de mayo y á las primeras brisas, que tan embalsamadas y templadas nos envía la primavera. Iban en el pabellón dos mujeres sentadas, ó por mejor decir echadas, en una rica alfombra de terciopelo azul bordado de oro, apoyándose en unos cojines de la misma estofa : á sus espaldas se veía en pie otra tercera, que guardaba la mayor compostura y respeto.

Difícil empresa hubiera sido encontrar en todo el

reino otras tres mujeres que pudieran disputar á estas el premio de la hermosura; pues no parecía sino que la casualidad había querido reunir en ellas los tres tipos más pronunciados y diferentes de cuantos pueden verse. Nuestros lectores conocerán ya por la descripción que hemos hecho á la de más edad, cuyo rostro pálido y altanero estaba cubierto en este momento de un colorido facticio, debido al reflejo ardiente de la tela encarnada del pabellón, en cuyo respaldo estaba dando el sol, y que añadía á su fisonomía una expresión extraña. Era Isabel de Baviera.

La niña que estaba echada á sus pies, cuya cabeza descansaba sobre sus rodillas, cuyas dos manecillas tenía ella estrechadas en una de las suyas, cuyos cabellos negros se escapaban de una redecilla dorada, formando hermosos rizos guarnecidos de perlas, cuyos ojos, ardientes como los de una italiana, despedían, sonriéndose apenas, rayos tan dulces que parecían incompatibles con su color moreno, era la joven Catalina, tierna y blanca paloma, que estaba destinada á salir del arca para traer á dos naciones el ramo de oliva.

La que estaba en pie detrás de ellas era la señorita de Thian, dama de Giac, de rostro sonrojado, cabellera rubia y medio inclinada sobre el

hombro desnudo, talle frágil, que parecía iba á romperse al menor soplo, boca y pies de niño, cuerpo aéreo y aspecto de ángel.

Apoyado en el palo de la barca y enfrente de ellas, una mano puesta en la guarnición de la espada y sosteniendo con la otra una toca de terciopelo forrada de marta, contemplaba un hombre este cuadro del Albano. Era el duque Juan de Borgoña.

Sire de Giac se había quedado en Pontoise encargado de la guardia del rey, que, aunque convaleciente, no estaba todavía en estado de asistir á las conferencias que iban á celebrarse. En nada se habían alterado las relaciones del duque, de sire de Giac y de su mujer, á pesar de la escena que hemos procurado pintar en uno de los capítulos precedentes; y los dos amantes, clavándose mutuamente sus miradas, silenciosos y absortos en un solo pensamiento, en el de su amor, estaban muy lejos de creer que habían sido espiados y descubiertos aquella noche en que vimos desaparecer á sire de Giac en el bosque de Beaumont, arrastrado por Ralf siguiendo las huellas de su desconocido compañero.

Cuando hemos llamado la atención de los lectores sobre la barca que bajaba por el río, estaba ya ésta

muy cerca del paraje donde debía dejar los pasajeros; y desde el punto donde habían llegado, podíanse distinguir claramente en el pequeño valle situado entre la ciudad de Melun y el río Oise muchas tiendas, coronadas unas con los trofeos de las armas de Francia y otras con el estandarte de Inglaterra. Habían sido construídas estas tiendas á cien pasos de distancia enfrente, unas de otras, de modo que pareciesen dos campos. En medio del espacio que las separaba se veía un pabellón abierto, cuyas dos puertas opuestas caían en la dirección de dos entradas de un parque cerrado con macizas puertas, cercado de estacadas y anchos fosos. Esta cerca rodeaba por ambas partes el campo que acabamos de describir, cuyas entradas estaban guardadas por mil hombres cada una, los unos pertenecientes al ejército de Francia y de Borgoña y los otros al de Inglaterra.

Á las dos de la mañana las puertas del parque se abrieron simultáneamente en las dos extremidades opuestas. Los clarines tocaron, y por la parte de los franceses entraron los personajes que hemos visto ya en la barca, al mismo tiempo que salía á su encuentro por la parte opuesta el rey Enrique V de Inglaterra acompañado de sus hermanos los duques de Gloucester y de Clarence.

Estas dos pequeñas comitivas reales se dirigieron á encontrarse en el pabellón. El duque de Borgoña traía á su derecha á la reina y á la izquierda á madama Catalina: el rey Enrique venía en medio de sus dos hermanos, y detrás les seguía el conde de Warwick á algunos pasos de distancia.

Quando estuvieron en el pabellón donde debía verificarse la entrevista, el rey saludó respetuosamente á madama Isabel y la besó en ambas mejillas, así como á la princesa Catalina. El duque de Borgoña dobló un poco la rodilla, pero el rey, cogiéndole de la mano le levantó; y estos dos poderosos príncipes é ínclitos caballeros al hallarse frente á frente se miraron algunos instantes en silencio con la curiosidad de dos hombres que habían deseado encontrarse en los campos de batalla. Ambos conocían la fuerza y poderío de la mano que estrechaban: el uno había merecido el sobrenombre de *Sin-Miedo*, y el otro se había ganado el de *Conquistador*.

No tardó, sin embargo, el rey en acercarse á la princesa Catalina, cuyo lindo rostro le había ya vivamente interesado, cuando el cardenal Ursinos le presentó su retrato al frente de Rouen. La acompañó, así como á la reina y al duque, hasta los sitiales que se habían preparado para recibirlos, y

sentándose en frente de ellos, hizo que se adelantase el conde de Warwick para que sirviese de intérprete. Éste hincó entonces una rodilla en tierra.

— Señora, dijo en francés, habéis deseado tener una entrevista con nuestro *gracioso* soberano el rey Enrique para convenir en los medios de celebrar la paz entre ambos reinos. Monseñor el rey, deseando tanto como vos esta paz, se ha apresurado á aceptar esta entrevista. Ya estáis en presencia el uno del otro, teniendo, como Dios, la suerte de los pueblos en vuestra diestra. Hablad, señora reina, hablad, monseñor duque, y plegue á Dios que vuestras reales y soberanas bocas pronuncien palabras de conciliación.

La reina hizo una señal, y levantándose el duque de Borgoña tomó á su vez la palabra.

— Hemos recibido, dijo, las peticiones del rey, que consisten en tres reclamaciones: la ejecución del tratado de Bretigny, el abandono de la Normandía y la soberanía absoluta sobre todo lo que le sea cedido por este tratado. Aquí están las réplicas presentadas por el consejo de Francia.

El conde de Warwick cogió el pergamino que le presentaba el duque.

El rey Enrique pidió un día para examinarlo y

poner sus observaciones; luego, levantándose y ofreciendo la mano á la reina y á la princesa Catalina, las acompañó hasta su tienda con muestras de respeto y de tierna cortesanía, que probaban cuál era la impresión que le había causado la hija de los reyes de Francia.

Al día siguiente tuvieron nueva conferencia; pero madama Catalina no asistió á ella, lo que disgustó al rey de Inglaterra. Éste entregó al duque de Borgoña el pergamino que había recibido de él la víspera. La entrevista fué fría y corta.

El rey de Inglaterra había puesto de su puño al pie de cada réplica del consejo condiciones tan exorbitantes, que ni la reina ni el duque se atrevieron á tomar sobre sí la responsabilidad de aceptárlas. Las enviaron, pues, á Pontoise, para que fuesen presentadas al rey, suplicándole al mismo tiempo que las aceptase, pues la paz, decían, era el único medio de salvar la monarquía.

El rey de Francia estaba en uno de esos momentos de sana razón que pueden compararse á la hora del crepúsculo matinal, cuando el día, luchando todavía con la noche, á la que aun no ha vencido, presenta todos los objetos en una forma confusa y flotante. Los rayos del sol al ponerse bañan tan solo la cúspide de los montes más

elevados; pero los valles están todavía envueltos en las sombras. Del mismo modo en el vacilante cerebro del rey los pensamientos primitivos, pensamientos de instinto general y de conservación personal, atraían hacia sí los primeros rayos de luz que la razón hacía resplandecer, dejando en la obscuridad todo lo que era interés y abstracción política.

Estos momentos de transición que seguían á las grandes crisis físicas, venían siempre acompañados de una debilidad de espíritu y de un abandono de voluntad, que eran causa de que el viejo monarca cediese á cuanto le pedían, aun cuando de ello resultase todo lo contrario á lo que aspiraba en favor de su interés personal ó en el del reino: lo primero que sentía en esas horas de convalecencia era una necesidad de reposo y de sentimientos dulces, cuya continuación era el único remedio que podía volver aquella máquina desgastada por los disgustos intestinos, la guerra extranjera, las turbulencias civiles, á los días felices de calma, de los que tenía tanta necesidad su prematura vejez. Ciertamente que si Carlos hubiese sido un simple y honrado vecino de su *buena villa*, y que otras circunstancias lo hubiesen conducido al estado en que se veía, una familia cariñosa y amada, la tranqui-

lidad del alma, el cuidado del cuerpo, hubieran podido durante mucho tiempo todavía prolongar su débil existencia; ; pero era rey!

Los partidos bramaban al pie de su trono, como los leones á los de Daniel; de sus tres hijos mayores, triple esperanza del reino, había visto morir dos en edad temprana, sin atreverse, sin embargo, á investigar las causas de su muerte; solo había sobrevivido uno, joven y hermoso... el que se le aparecía en los accesos del delirio, en medio de los demonios de sus ensueños, como un ángel de amor y consuelo. Y sin embargo, este último hijo de sus entrañas, este último vástago del trono viejo, este mismo, que cuando su padre yacía abandonado en poder de criados, olvidado de la reina, despreciado de sus más nobles vasallos, se delizaba algunas veces durante la noche en su cuarto sombrío y solitario para consolar al anciano con sus palabras, cuyas manos calentaba con su aliento, y cuya frente acariciaba con sus besos: este mismo, apoderándose la guerra civil de él, lo había arrojado lejos de los brazos de su padre; desde su ausencia, siempre que en la lucha del alma con la materia, de la razón con la locura, había quedado vencedora la razón, todo conspiraba á abreviar esos momentos lúcidos, durante los cuales el rey tomaba las riendas

del poder de las manos fatales que abusaban de él : al paso que cuando por el contrario la locura podía más que la razón, como una enemiga mal vencida, tenía por fieles auxiliares á la reina y al duque, señores y criados, en fin á todos los que reinaban por el rey, cuando el rey no podía reinar.

Carlos VI conocía á la vez el mal y la imposibilidad de remediarlo ; veía el reino despedazado por tres partidos, que una mano fuerte hubiera podido someter : estaba penetrado de que era necesaria una voluntad de rey, y el desvalido anciano y pobre insensato apenas era un fantasma de rey ; en fin, como un hombre sorprendido por un terremoto, oía crujir en torno suyo el grande edificio de la monarquía feudal ; y persuadido que ni tenía poder para sostener la bóveda pronta á desplomarse, ni fuerzas para huir, bajaba su blanca y resignada cabeza y esperaba el golpe.

Acababan de entregarle el mensaje del duque y las condiciones del rey de Inglaterra : sus criados le habían dejado solo en su cuarto ; en cuanto á sus cortesanos, hacía ya tiempo que no tenía ninguno.

Había leído el pergamino fatal que forzaba á la legitimidad á tratar con la conquista ; tenía ya la pluma en la mano para firmar, pero al tiempo de ir

á escribir las siete letras que componian su nombre, considerando que cada una de estas letras le costaba una provincia, arrojó lejos de sí la pluma dando un grito de angustia y dejó caer su cabeza entre las dos manos diciendo : ¡ Dios mío, Dios mío, compadeceos de mí !

Hacía ya una hora que estaba absorto en mil pensamientos incoherentes, muy semejantes al delirio, procurando apoderarse en medio de ellos de esa voluntad de hombre, que su cerebro irritado no tenía fuerzas ni para alcanzar ni retener, y que huyendo siempre de él, despertaban en su frente mil ideas nuevas, que no tenían relación alguna con la voluntad que tanto deseaba tener. Empezaba á presentir ya que iba á escapársele la razón en aquel caos, y apretaba con ambas manos su cabeza como para retenerla en ella : el cuarto daba vueltas alrededor suyo ; los oídos le zumbaban ; sus cerrados ojos veían resplandores horribles ; conocía, en fin, que la infernal locura se posaba sobre su calva cabeza royéndole el cráneo con sus dientes de fuego.

En este momento supremo la puerta, cuya guardia se había confiado á sire de Giac, se abrió suavemente. Un joven, deslizándose por ella ligero como una sombra, vino á apoyarse en el respaldo del

sitial del anciano ; después de haberlo contemplado un instante con compasión y respeto se inclinó, y arrimándose al oído le dijo : ¡ Padre mío !

Estas palabras produjeron un efecto mágico sobre aquel á quien habían sido dirigidas : al oír el sonido de aquella voz, sus manos se apartaron ; levantó la cabeza, y siguió encorvado el cuerpo, respirando apenas, fijos los ojos sin atreverse á volver todavía ; tanto temía haber creído oír, y no haber oído.

— Soy yo, padre mío, dijo segunda vez la voz dulce.

Y el joven, dando una vuelta alrededor del sillón, vino con el mayor cuidado á ponerse de rodillas sobre el almohadón en que descansaban los pies del anciano.

Éste le miró con desancajados ojos ; y luego, dando de repente un grito, le echó sus brazos alrededor del cuello, estrechó aquella rubia caballera sobre su pecho, y apoyando los labios sobre sus cabellos los besó con un amor muy semejante al furor.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo sollozando, ¡ oh, hijo mío, querido hijo mío, Carlos de mis entrañas ! y las lágrimas le saltaban. ¡ Oh, hijo de mi corazón ! ¡ Conque eres tú ! ¡ Tú en los brazos de tu anciano padre !... ¡ y es cierto, cierto ! Vuélveme, pues, á hablar... sí, háblame siempre.

Luego separaba con ambas manos la cabeza del joven y clavaba sus desencajados ojos en los de su hijo ; y éste, que tampoco podía hablar, porque las lágrimas anudaban su voz, le hacía sonriéndose y llorando al mismo tiempo, señas con la cabeza que no se engañaba.

— ¿ Cómo has venido ? decía el anciano ; ¿ qué camino has traído ? ¿ cuántos peligros has corrido por mí, por volverme á ver ? ¡ Oh ! mil veces bendito seas, hijo mío, por tu amor filial ; ¡ el Señor te bendiga como te bendice tu padre !

Y el pobre anciano cubría de nuevo á su hijo de besos.

— Padre mío, dijo el delfín, estábamos en Meaux cuando supimos las conferencias que iban á abrirse para ajustar la paz entre la Francia y la Inglaterra : al mismo tiempo hemos sabido, que padeciendo y enfermo, no podíais asistir á la entrevista.

— ¿ Y cómo lo has sabido ?

— Por uno de mis más fieles amigos, que lo es también vuestro, padre mío ; por el que está encargado de guardar de noche esta puerta.

Y señaló á la que le había servido para entrar.

— ¡ Por sire de Giac ! dijo el rey asustado.

El delfín movió la cabeza afirmativamente.

— Pero ese hombre es partidario del duque,

prosiguió el rey cada vez más atemorizado; ese hombre te ha traído sin duda para entregarte.

— Desechad esos temores, padre mío, replicó el delfín: sire de Giac es enteramente nuestro.

El tono de convicción con que habló el delfín tranquilizó al rey.

— ¿Y cuándo has sabido que yo estaba solo? preguntó el anciano.

— Deseaba ya veros; y Tanneguy, á quien negocios importantes obligaban á verse con Giac, ha consentido en acompañarme; sin embargo, para mayor seguridad vienen con nosotros otros dos valientes caballeros.

— Dime sus nombres para que los grabe en mi corazón.

— Sire de Vignolles y Pothon de Xaintrailles. Á las seis de esta mañana hemos salido de Meaux; hemos dado la vuelta á París por Louvres, donde hemos mudado de caballos, y al caer de la tarde nos hallábamos en la puerta de la ciudad, en la que nos estaban esperando Pothon y Vignolles. La carta de sire de Giac nos ha servido de salvoconducto; y sin que nadie haya sospechado quién somos, hemos llegado hasta esa puerta, que sire de Giac me ha abierto, y ¡aquí me tenéis, padre mío, aquí me tenéis á vuestros pies... en vuestros brazos!

— Sí, sí, dijo el rey dejando caer su abierta mano sobre el pergamino que iba á firmar cuando fué el delfín, y que contenía las condiciones onerosas que acabamos de referir; sí, hijo mío, estás en mis brazos, viniendo como un ángel de la guarda del reino á decirme: « Rey, no entregues la Francia: » viniendo como un hijo á decirme « Padre, consérvame mi herencia. ¡ Oh! ¡ los reyes... los reyes!... gozan de menos libertad que el último de sus vasallos; tienen que dar cuenta, primero á sus sucesores y después á la Francia, del patrimonio que les legaron sus antepasados. ¡ Ah!... cuando dentro de poco tiempo me encuentre frente á frente con mi real padre Carlos el Sabio, ¡ cuán fatal será la cuenta que tendré que darle del reino que él me dejó, rico, tranquilo y poderoso, y que yo le dejé pobre, agitado por mil turbulencias y hecho mil pedazos! ¡ Ah! tú vienes á decirme: « No firmes esa paz. » ¡ No es verdad que me lo vienes á decir?

— Es verdad, señor, que esta paz es onerosa y fatal, dijo el delfín, después de haber leído el pergamino en que estaban escritas las condiciones; mis amigos y yo, continuó, romperemos hasta la última espada en el casco de los Ingleses, antes que firmar con ellos semejante tratado, y

moriremos todos sobre esta tierra de Francia antes que cedérsela por nuestra libre voluntad á nuestro antiguo enemigo. Sí, padre mío, creedme.

Carlos VI cogió con temblorosa mano el pergamino, lo miró largo espacio, y luego por un movimiento espontáneo lo rompió en dos pedazos.

El delfín se echó en sus brazos.

— Sea, dijo el rey: guerra tendremos; más vale una batalla perdida que una paz ignominiosa.

— El Dios de los ejércitos nos protegerá, padre mío.

— ¿Y si el duque nos abandona y se pasa á los Ingleses?

— Entablaré relaciones con él, respondió el delfín.

— Hasta hoy, jamás has querido concederle una entrevista.

— Pues ahora le pediré yo una.

— ¿Y Tanneguy?

— Consentiré, padre mío, y hasta será portador de mi petición y la apoyará: entonces el duque y yo revolveremos nuestras fuerzas unidas contra esos Ingleses del demonio y los obligaremos á refugiarse en sus malditas navés. Tenemos nobles hombres de armas, soldados leales y una buena causa, que es más de la que necesitamos para

vencer; una sola mirada de Dios, y nos hemos salvado.

— ¡El Señor te oiga!

Y cogió el roto pergamino.

— Suceda lo que sucediere, esta es mi contestación al rey de Inglaterra.

— ¡Sire de Giac! gritó en este momento el delfín.

Y sire de Giac entró levantando la tapicería que que estaba colgada en la puerta.

— Esta es, dijo el delfín, la contestación á las proposiciones del rey Enrique. Mañana se las llevaréis al duque de Borgoña, y le entregaréis al mismo tiempo esta carta, en la que le pido una entrevista para arreglar, como buenos y leales amigos, los negocios de este pobre reino.

Giac se inclinó, cogió los dos pliegos, y salió sin responder.

— Ahora, padre mío, continuó el delfín acercándose al anciano, ahora ¿quién os puede impedir el sustraeros á la reina y al duque? ¿quién puede estorbar que me sigáis? Á cualquiera parte que vayáis, allí estará la Francia. Venid, os tendremos á nuestro lado; mis amigos os respetarán y se sacrificarán por vos; y yo os amaré y cuidaré con toda la solitud de un hijo querido. Venid, pues.

padre mío, tenemos grandes ciudades bien guarnecidas ; Meaux, Poitiers, Tours y Orleans, y tendrán que demoler sus altos torreones, pasar á cuchillo las guarniciones y matar á todos mis amigos y á mí para que os suceda la menor desgracia.

El rey miró al delfín con la mayor ternura.

— Sí, sí, le dijo, todo lo haríais como lo prometéis... mas es imposible que acepte. Ve, pichón mío, tus alas son todavía jóvenes, fuertes y rápidas ; vete, y deja en su nido al águila vieja, cuyas alas están ya rotas y entumecidas con la edad ; ve, hijo mío, y bástete haberme proporcionado una noche feliz y el haber alejado la locura de mi frente con tus caricias ; ¡ vete, hijo mío, y ojalá Dios te pague el bien que me has hecho !

Entonces el rey se levantó, pues el temor de una sorpresa le obligaba á acortar los instantes de felicidad tan raros que la presencia del solo ser de quien era amado sembraban en su vida. Condujo al delfín hasta la puerta, le volvió á estrechar en sus brazos con su corazón, y el padre y el hijo, que no debían volverse á ver, se dieron el último beso. El joven Carlos salió.

— No tengáis cuidado, estaba diciendo en aquel instante Giac á Tanneguy, yo lo conduciré debajo

de vuestra hacha, como se lleva á un toro debajo de la maza del carnicero.

— ¿ Á quién ? preguntó el delfín presentándose á su lado.

— Á nadie, monseñor, respondió friamente Tanneguy ; me está contando sire de Giac una aventura acaecida muchos años hace.

Tanneguy y Giac se echaron una mirada de inteligencia.

Sire de Giac los acompañó hasta dejarlos fuera de las puertas de la ciudad : al cabo de diez minutos se unieron á Pothon y La Hire, que les estaban esperando.

— ¡ Y bien ! dijo La Hire, ¿ y el tratado ?

— Rasgado, contestó Tanneguy,

— ¿ Y la entrevista ? continuó Pothon.

— Se tendrá dentro de pocos días, Dios mediante, por ahora lo más urgente es dejar atrás todo el camino que podamos. Tenemos que estar mañana al amanecer en Meaux, si queremos evitar alguna escaramuza con esos condenados borgoñones.

La pequeña comitiva debió convencerse de la exactitud de esta observación, pues los cuatro caballeros emprendieron la marcha con toda la rapidez de que eran susceptibles sus pesados caballos de guerra.

Al siguiente día se presentó Giac en Melun, comisionado con su doble mensaje para el duque de Borgoña, y entró en el pabellón en que este príncipe estaba conferenciando con Enrique de Inglaterra y el conde de Warwick.

El duque Juan rompió con la mayor ansia la hebra de seda encarnada que cerraba la carta que le presentó su favorito, y de la que colgaba el real sello, y encontró debajo de la cubierta el tratado rasgado; era la única contestación del rey, según se lo había prometido al delfín.

— Nuestro buen señor está en un momento de sus muchos delirios, dijo el duque encendido el rostro de cólera; porque, Dios le perdone, ha roto lo que debía haber firmado.

Enrique miraba fijamente al duque, que se había comprometido formalmente en nombre del rey.

— El rey nuestro señor, respondió Giac con la mayor calma, jamás ha estado en más cabal juicio ni salud de lo que está en este momento.

— Entonces soy yo un loco, dijo Enrique levantándose, en haber creído promesas que ni podían ni tal vez querían cumplir.

Al oír estas palabras, saltó el duque Juan de su asiento; todos los músculos de su semblante temblaban de cólera; su aliento resonaba como la res-

piración de un león, y sin embargo, no tenía nada que decir, no se le ocurría nada que contestar.

— Muy bien, primo mío, continuó Enrique, dando con intención á Juan de Borgoña el título que le daba el rey de Francia; muy bien. Tengo el gusto de deciros que arrancaremos á la fuerza á vuestro rey lo que le pedíamos que nos cediese de buena voluntad, nuestra parte en esta tierra de Francia y un lugar en su real familia; tendremos, pues, sus ciudades y su hija, y todo lo que hemos pedido con ellas, y le echaremos, á él de su reino y á vos de vuestro ducado.

— Señor, respondió el duque en el mismo tono, ahora os es muy fácil el hablar según vuestros deseos; pero antes de haber echado á mi rey y señor de sus reinos, y á mí de mi ducado, os queda tanto que hacer, que desde ahora aseguramos puede ser muy bien que en vez de lo que creéis, os deis por muy contento de estar seguro en vuestra isla.

Diciendo esto, volvió las espaldas al rey de Inglaterra, sin saludarlo ni esperar contestación, y salió por la puerta que conducía á sus tiendas.

Sire de Giac le siguió.

— Monseñor, le dijo después de haber andado algunos pasos, traigo todavía otro mensaje para vos.

— ¡ El diablo cargue con él, si se parece al pri-

mero! dijo el duque; me basta, pues, con uno.

— Monseñor, continuó Giac en el mismo tono, es una carta del delfín, mi señor, que os pide una entrevista.

— ¡ Ah! Hé aquí lo que todo lo arregla, dijo el duque volviéndose vivamente; ¿ dónde está esa carta?

— Aquí, señor.

El duque se la arrancó de las manos y la leyó con la mayor ansia.

— ¡ Que se levanten las tiendas, que se destruyan las empalizadas, dijo el duque á sus servidores y pajes, y que para esta noche no exista ni la menor señal que recuerde esta maldita entrevista! ¡ Y nosotros continuó dirigiéndose á sus caballeros, á quienes estas palabras habían hecho salir de sus tiendas, á caballo, arrojemos las vainas al viento, y guerra de exterminación, guerra á muerte á todos esos lobos hambrientos que vienen de ultramar, y á ese hijo de asesino, á quien ellos llaman su rey!

XXVI

Muerte del duque de Borgoña.

El 11 de Julio siguiente, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de borgoñones que salían de Corbeil, y otro de Franceses que venían de Melun, marcharon uno contra otro para darse batalla. Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición, es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habían sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus armaduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en